



EL HUMILDE ZAPATERO

—LEYENDA—

Cuenta la leyenda que hace muchos años, en una pequeña aldea llamada Cariacanto, vivía un humilde zapatero de nombre José. Su esposa Pinea era como José una mujer humilde a pesar de tener unos hermosos ojos azules y un sedoso y largo cabello rubio como una cascada de hilos de oro. El humilde matrimonio vivía en una casita que ellos mismos habían construido con piedras y barro y que sólo tenía un dormitorio, una cocina, un living, un pasillo, una ventana, un suelo, un techo y una puerta. La puerta la usaban para entrar y salir, mientras que la ventana les servía únicamente para asomarse y para que entrara el sol durante la primavera.

El humilde zapatero, lo mismo arreglaba los zapatos de un Duque que las alpargatas de un pobre, y cuando el pobre venía a recoger sus alpargatas, José, que tenía un gran corazón les hacía un veinte por ciento de descuento, aunque no fuera época de rebajas, por eso el zapatero era muy querido por todos los pobres del pueblo.

Pinea, la humilde esposa de José, salía todas las mañanas a labrar las tierras del Barón de Capistrone, hombre avaro que era dueño de casi toda la aldea. El Barón era muy odiado por todos los aldeanos, por su carácter adusto y porque acostumbraba a cruzar las pequeñas huertas subido en su caballo, pisoteando los pepinos, las sandías, las amapolas y los girasoles, sin que por ello sintiera el menor remordimiento.

El Barón de Capistrone trataba constantemente de seducir a Pinea y, desde arriba de su caballo blanco, asediaba a la joven y hermosa mujer del humilde zapatero. Pinea, sin prestar oídos a las palabras del Barón, seguía labrando la tierra, aunque por la turbación que le producía aquel

hombre, los surcos le salían muy torcidos. Y así pasaban los meses en Cariacanto.

Una mañana del mes de abril, el Barón, bajándose de su caballo, se acercó a Pinea que recogía amapolas y trató de abrazarla. Pinea se resistió al abrazo, pero no pudo evitar que el malvado Barón la besara en los labios repetidas veces.

Pinea regresó a su casa sin decir nada, pero José, el humilde zapatero, sospechó que algo ocurría, y llevando a su mujer a la cocina la asedió a preguntas hasta que ésta acabó por confesar lo que le había ocurrido con el Barón.

Inútil sería describir la furia del humilde zapatero, al enterarse de lo ocurrido. El zapatero, aunque de condición humilde, no estaba dispuesto a sufrir aquella afrenta.

Dos noches más tarde, o tres (en esto la leyenda no está muy clara), mientras su mujer dormía se levantó sigilosamente y después de vestirse fue hasta el taller y tomando una de las cuchillas que usaba para cortar suela se dirigió hacia el pequeño palacio en que vivía el Barón. Después de saltar el muro caminó por el jardín y llegó hasta la ventana de la alcoba donde el Barón dormía placenteramente, forzó la ventana y entró en la habitación con la cuchilla en la mano. El Barón dormía, el zapatero caminó unos pasos de puntillas. El zapatero no pudo evitar un estornudo tal vez provocado por la humedad del jardín, el Barón se despertó y sacando una escopeta de debajo de la almohada le disparó dos tiros al humilde zapatero que murió en el acto.

Cuenta la leyenda que si el zapatero no hubiera estornudado hubiera lavado su honra, pero como estornudó...

GILA

